

María, modelo de participación en el Misterio de su Hijo
Homilía, Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María
Plaza de la Catedral Santa María de la Asunción
15 de agosto de 2020

Excmo. Mons. Salvatore J. Cordileone

Hoy celebramos la fiesta de nuestra Catedral; Santa María de la Asunción es nuestra Catedral. Este es un día importante en toda la Arquidiócesis. Esta es la iglesia madre de toda la Arquidiócesis. Teníamos pensado, por supuesto, un tipo muy diferente de celebración imaginada hace bastante tiempo cuando estábamos planeando la fiesta de la Asunción de este año, porque este año iba a ser nuestro año de preparación para el 50º aniversario de la dedicación de nuestra iglesia, que fue el 5 de mayo de 1971. Pero nos reunimos de la manera que podemos. Celebramos estas Misas en la plaza de nuestra Catedral juntas—nuestras diversas Misas—como una manifestación pública de nuestra fe, como un recordatorio de la naturaleza esencial del culto en la vida humana.

Nos reunimos en estas diversas Misas como una manifestación pública de nuestra fe, como un signo de nuestra fe en Dios, nuestra fe en su Hijo, Jesucristo, nacido de nuestra Madre Bendita, verdadero Dios y verdadero hombre, que vino a liberarnos del pecado y la muerte y la destrucción y el mal. Necesitamos recurrir a él si deseamos erradicar el mal en nuestra tierra. Estamos felices de celebrar esta fiesta de nuestra Catedral, y mientras lo hacemos, por supuesto, como siempre, miramos a María como nuestro modelo de discipulado.

Hoy, la solemnidad de la Asunción, es una celebración de su glorificación. San Pablo habla de Cristo como las primicias de la salvación con su Resurrección de entre los muertos. Su madre, también, es una participación en eso—las primicias de su redención—ya que ella fue preservada libre de pecado, incluso de la mancha del pecado original, desde el primer momento de su concepción. Y así ella no sufrió corrupción corporal. Esta es la creencia cristiana común desde la antigüedad. Los cristianos, tanto de Oriente como de Occidente, han entendido esto, que la consecuencia del pecado es la decadencia—la decadencia moral, pero también la corrupción corporal. María no experimentó eso, y por eso es asumida cuerpo y alma en el cielo, la primera en participar en los frutos de la Resurrección de su Hijo.

María participa durante todo el camino de su Hijo, durante todo el evento de Cristo. Y la Iglesia incluso lo conmemora litúrgicamente. Celebramos el día de su nacimiento: como lo hacemos en Navidad, el nacimiento de nuestro Señor, así celebramos el nacimiento de María el 8 de septiembre. El nacimiento de Nuestro Señor está marcado por lo que llamamos una octava, una celebración que dura ocho días. Esto está de acuerdo con el cálculo judío del tiempo. No tenemos una octava para Nuestra Señora, pero tenemos algo similar porque la próxima semana, al octavo día después de la celebración de su nacimiento, celebramos el 15 de septiembre a Nuestra Señora de los Dolores, recordándonos su participación con su Hijo en su Pasión y Muerte, que celebramos en Semana Santa, y en particular el Viernes Santo. Así que el 15 de septiembre celebramos su muerte espiritual con su Hijo, su participación en este misterio. Y luego nuevamente en Pascua, su Resurrección y más tarde su Ascensión, esto celebra su glorificación en Pascua, que también se celebra con una octava.

Así mismo, celebramos esta Solemnidad de la Asunción, que fue su participación en la glorificación de su Hijo, y también algo parecido a una octava en que en el octavo día—es decir, el próximo sábado—celebramos su Reinado, la Coronación de María, reina del Cielo y la Tierra, que es su participación en el reinado de su Hijo sobre el universo. Este misterio lo celebramos el último domingo

del año, la solemnidad de Cristo Rey. María es el modelo de discipulado, y vemos en ella el camino hacia la verdadera gloria resumido en esta hermosa oración de su *Magnificat* que la Iglesia ha atesorado desde la antigüedad.

Siempre son los humildes a quienes Dios escoge para trabajar sus grandes actos de salvación. María es el primer y principal ejemplo de eso. Si deseamos ser grandes a los ojos de Dios, si deseamos compartir esa glorificación de Cristo, debemos caminar ese camino de humildad, debemos compartir los sufrimientos de Cristo y ofrecer nuestros sufrimientos en unión con él para que podamos compartir esa gloria.

Agradezcamos a Dios por esta oportunidad, tan restringida como sea, de reunirnos para adorar hoy. Pidámosle que aprenda la lección de la humildad, cómo servirle humildemente, poniendo a los demás en primer lugar, manteniendo a Cristo en el centro de nuestras vidas para que Cristo pueda estar en el centro de nuestra sociedad, para que nuestra sociedad pueda deshacerse de todo mal y pecado y corrupción y pueda conocer la belleza pura y el amor de nuestro Dios redentor.

Amén.